

ELLAS,

GACETA DEL BELLO SEXO.

DEL APRECIO QUE SE HA HECHO DE LAS MUJERES
EN DIFERENTES PUEBLOS,
Y EN PARTICULAR EN ESPAÑA.

Ha habido pueblos antiguos, y aun existen algunos en estos tiempos, en los que se mira á las mujeres como á esclavas, capaces de arreglar y dirigir el interior de una casa, pero indignas de otras funciones que no se dirijan á obedecer ciegamente los caprichos del hombre. Algunos filósofos de la antigüedad han contribuido poderosamente á que se forme esta opinion, y siguiendo la misma el historiador Thucydides, hombre tan austero en sus costumbres cuanto en su modo de escribir, dejó dicho, que las mujeres habian nacido para el reposo y para el retiro; que toda su virtud estribaba en ser tan desconocidas que no se atrajesen ni el desprecio ni la alabanza, y por lo tanto que la mas virtuosa era de la que se hablaba menos, aun cuando fuese bueno lo que pudiera decirse de ella. Este historiador, por sabio que fuese, y razones que pudiera alegar, se ponía en contradiccion con la naturaleza y desconocía que el mérito y la virtud son comunes á todos los estados, y que la molice é indolencia en que por desgracia viven la mayor parte de las mujeres, es el fruto de una educacion viciada mas bien que un funesto privilegio del sexo que las distingue.

La suerte de las mujeres de Oriente es la de una perpetua prision, en la que

cercadas de guardas asquerosos están temiendo el castigo por la menor falta. En la mayor parte de los pueblos antiguos estuvieron siempre en una eterna tutela, y al paso que los hombres gastaban su vida en la diversion y en los placeres, las mujeres hacian una vida triste y solitaria si ya no, como las mujeres de la Costa de Oro, no hacian todos los trabajos domésticos y del campo en tanto que sus maridos fumaban y bebían descansadamente en sus cabañas.

El soldan de Egipto Al-kakem, dió por ley en el siglo XI, que ningun zapatero hiciera calzado de mujer, pues este soberano encontraba muy indecente el ver á las mujeres fuera de sus casas.

Poco favorables fueron las antiguas religiones á las mujeres, pero ninguna menos que la de Mahoma, por la que se las negó tuviesen alma, y por consiguiente se las trató como bestias, sin otra vida que esperar. Ninguna distincion hizo Jesucristo entre el hombre y la mujer, pero los primitivos cristianos empezaron á hacerla puesto que prohibieron á esta el cantar en la iglesia alabanzas á Dios, diciendo sobre este particular el Apóstol Santiago: «Las mujeres cantan en las orgias; tened entendido que San Pablo dijo que callasen las mujeres en el templo del Señor, y que se lee en el capítulo 2.º del Apocalipsis que el obispo de Tyathira fué amenazado de anatema por haber permitido á una mujer hablar en la iglesia.» Los protestantes permitieron á las mujeres cantar en las iglesias, creyéndolas tan buenas como los

hombres para alabar á Dios con sus voces, y esto se calificó de temeraria y criminal impiedad en un principio, pero hoy mas ilustrados los cristianos, las oyen cantar en la casa del Señor con devocion.

Los teólogos antiguos disputaron largo tiempo sobre la naturaleza de las mujeres habiendo un gran partido que las negaba el alma y la razon, y cundió tanto esta barbara idea, que fué necesario un concilio para atajar el progreso de esta heregia, sin que el haberse probado en él que la mujer está dotada de un alma razonable, fuese suficiente á impedir que se levantasen sectas contra esta doctrina. Luego que se descubrieron las Américas y se conquistaron por los bravos españoles, pretendieron los casuistas que las mujeres de este nuevo mundo eran animales preciosos y seductores, pero sin razon y sin alma que eternizar. Creyéndose este absurdo en un principio por algunos españoles estos tenían á delito de Sodomia el frecuentar y amar á unas mujeres á quienes se creían seres irrazonables, cuya opinion cesó luego que por el romano pontífice se declaró que las mujeres del Perú y las de los demas pueblos de América eran seres razonables como las demas mujeres de Europa.

Las leyes francesas desheredaban á las mujeres hasta que la revolucion del siglo pasado las concedió este derecho á escepcion de las de sangre real que por la ley sálica no pueden subir al trono como en España, y hay muchos paises de Europa en los que todavia se las deshereda. Por cuanto acabamos de esponer, unido á su débil constitucion, es preciso convenir en que la mujer ha nacido para sufrir del hombre y para amarle aun á pesar de su bárbara tirania.

Nadie puede negar sin faltar á su misma razon, que la mujer es la mas bella mitad del género humano, y que de ella depende principalmente su existencia: y fundándose en este principio de razon los antiguos pueblos de la Germania á los que se ha calificado de bárbaros, tenían tal consideracion por sus mujeres, que las confiaban frecuentemente el cuidado de los negocios públicos mas delicados é importantes, segun afirma Justino y Tacito. Este autor dice que los espresados pueblos reconocian en sus mujeres fina

conducta y una prudencia consumada, y por lo tanto jamás despreciaban sus consejos teniéndolas un respeto sincero y sin afectacion. Tambien añade que como la principal ocupacion de los hombres de la Germania era el ejercicio de las armas, dejaban á sus mujeres la práctica de las virtudes pacíficas, y cuando volvían de sus expediciones guerreras, iban á instruirse en ellas á su lado, y á aprender á dulcificar su genio bélico. Entre los Galos los maridos tenían derecho de vida y muerte sobre sus mujeres, pero las consideraban tanto que las admitían á consejo en los asuntos mas graves.

Si, como hemos dicho, los filósofos antiguos contribuyeron á rebajar el mérito de las mugeres, no se crea por eso que no tuvieran en aquellos tiempos nadie que las creyese dotadas de cualidades recomendables, pues hubo muchos que las consideraron las maestras de los hombres en cuanto á la buena moral, entre los que se cuentan los sabios Aristóteles y Ciceron; pero ni estos ni otros pudieron desarraigat las absurdas ideas que habían sembrado los antiguos filósofos contra las mujeres, diciendo que debían su existencia á un error de la naturaleza, en lo que, como hemos visto, convenian algunos de nuestros antiguos teólogos. No solo hablaron estos dementes contra la estructura física de la mujer, sino que negándola las dotes de la moral, se atrevieron algunos hasta á dudar de si la muger era criatura humana, y así es que concibieron la bárbara idea de dividir la naturaleza humana en dos especies: la primera de imagen de Dios á los hombres, y la otra á la mujer como cabeza de los irracionales. Imposible parece á la verdad que hombres que por naturaleza debieron llenarse de fuego y de deseos á la vista de las mujeres, tuvieran de ellas ideas tan monstruosas, y buscasen razones para degradar y embilecer las bellas dotes de su naturaleza. Eurípides, Herodoto, Alicarnaso y Diodoro Sículo hablaron contra las mujeres, pero los que tuvieron de ellas ideas mas estrañas fueron Hipólito, Atheneo, Menandro y Carino. El primero dice que la mujer fué hecha de cuatro animales, caballo, puerco, perro y abeja: que del caballo tiene el buen porte, hermosura y

gentileza, pareciéndose á las herraduras en el andar en chinelas, en el cabello á la clin, en el vestido largo á la cola y en lo vocinglera á los relinchos: del puerco dice que tiene el gruñir siempre, y su impureza periódica; del perro el ladrar y molestar al hombre y ser fiera rabiosa y mordedora: y en fin que se asemeja á la abeja en lo hacendosa trabajadora y cuidadora de su familia. Atheneo en su libro 15 capítulo 3.º maldice al segundo hombre que se casó por no haber escarmen-tado en los infortunios del primero, que fué el que no mereció pena por no haber experimentado tan fiero basilisco. Menandro abomina de cuantos se casan porque por su gusto se echan una albarda á cuestras. Y el trágico Carcino afirmó que para significar una cosa mala bastaba decir hembra.

Entre los escritores modernos Bocaccio, Boileau, Despreux y otros autorizaron con la suya las opiniones de los detractores del bello sexo, de quien ellos fueron tan apasionados que pecaron en lúbricos por demasia, en particular el último que por ellas perdió la virilidad; pero el que entre estos nos choca mas es el místico novelista español Santos que en su libro de los gigantes, publicado en Madrid el año 1666, dice entre otros ejemplos contra las mujeres, que habia un español que siempre que queria jurar y ser creído, llamaba á su mujer y poniéndola la mano en el hombro decia: *Por esta cruz que Dios me dió que es verdad lo que digo*. De otro cuenta que habiéndose casado con una mujer muy pequeña respondió á su amigo que se lo echó en cara: *Que queréis si todas las mujeres son malas, del mal el menos*.

En contra de las habladurias de los detractores del bello sexo existen multitud de obras escritas con erudicion y raciocinio por hombres sábios y de una moral incorruptible, contándose entre ellos el P. Moine en su obra de las mujeres fuertes, el P. Feijóo en su defensa, Viguera en la patología de la mujer; el P. Florez, Brunet, Segur, Mr. Tomas, Ferrer, Rivarol etc. todos prueban la virtud de las mujeres y las bellas prendas y cualidades que las hacen dignas de toda consideracion y respeto, pues que está probado con mil ejemplos, que si la mujer recibiera igual instruccion

que el hombre, este tendria que cederlas muchas veces el campo por que á la igualdad de entendimiento se notaria en ellas mayor facilidad y prontitud en las concepciones, así como la tiene reconocida en la prevision.

Los cultos ingleses hace algun tiempo que empezaron á dar á sus mujeres la importancia que se merecen en la sociedad; los franceses les siguen en esto como en otras cosas, y unos y otros cuidan de cultivar con esmero el entendimiento de la mujer dándola la conveniente instruccion desde la mas tierna edad. Apesar de seguir nosotros imitando á aquellas naciones en el lujo y demas superfluidades, no les hemos imitado todavia suficientemente en cuanto á la educacion de nuestras mujeres. Ya es tiempo que sigamos su ejemplo y sin permitir de que nuestras mujeres abandonen su suficiencia doméstica, en la que esceden con mucho á las extranjeras, las enseñemos lo que despues de esto puede hacerlas capaces de ayudarnos en nuestras tareas exteriores.

Las españolas por su gravedad, genio, penetracion y valor han acreditado en todos tiempos ser aptas para recibir la educacion mas sublime, y concebir los proyectos mas nobles y arriesgados como probaremos en otro artículo, razon por lo que entre algunos escritores se las clasifica entre los héroes, lo que prueba Claudiano cuando dice de la España: *Que no contenta con la fama de varones ilustres, militaba y vencia á competencia con gloria de mujeres*.

Ya es tiempo, volvemos á repetir por fin, que las mujeres recobren en la sociedad el puesto que las corresponde como la mitad mas preciosa del género humano; lejos de nosotros la doctrina de los tiempos en que se las excluia de ella, negándolas hasta el que aprendiesen á leer y á escribir, como si temieran los hombres ser deslucidos por ellas; su penetracion y perspicacia natural es generalmente tan útil al hombre, que le enseña lo que él no hubiese descubierto en mucho tiempo, y si muchas veces siguiéramos su consejo, nos precaveríamos de graves males. Cese ya de influir en nosotros las erróneas ideas de aquellos tiempos de ignorancia, y presentemos á las mujeres dig-

nas de alterar con nosotros en todo por su talento. Si no saben lo que debieran no las culpemos á ellas sino á nosotros por el abandono en que tenemos su educación, proporcionémosela y al ver que son tan capaces como nosotros, publíquemoslo así de buena fe haciéndolas la justicia que se merecen: en otros artículos nos estenderemos sobre estos particulares.

B. S. CASTELLANOS.

La Despedida.

¡Hubo un tiempo te amé: dentro del pecho un altar te origi: tú eras el solo único objeto de mi amante culto, mi sumo bien, mi religion, mi todo!

En tí cifraba mi existencia entera, por tí el vivir me pareció dichoso, bella la muerte, que al amor le es dado con su llama avivar el yerto polvo!

¡Que me importaba de esa ciega turba el aplauso ó desden: para tí solo, inmarcesible lauro ambicionaba, y un renombre inmortal del mundo asombro?

¡Cuánto te amé! pendiente de tu lábio me viste estremecer, temblar de gozo, cuando tu voz tan desdenosa siempre formulaba de amor sagrado voto.

En vano mi mirada escrutadora dó quier buscaba con empeño loco otro mortal mas digno de mi afecto, digno cual tú del general encomio!

¡Engañosa ilusión! el bello manto que al idolo fatal sirvió de adorno, el tiempo dispó... Vi convertido en tímido mortal al gran coloso!

¡Del pedestal caíste en que mi mano te colocó insensata, y cual oprobio recuerdo el llanto que por tí he vertido, al mirar tu desden y tu abandono!

Las preces que al Señor del universo elevé sin cesar entre sollozos, cuando luchando con la fiebre ardiente invocabas la muerte en tu socorro.

Loca y desesperada en mi amargura al soberano Ser llamé en tu apoyo; ofreciendo mi vida en holocausto si piadoso calmaba tus enojos!

¡Conoces tú el amor? ¡Acaso sabes lo que encierra este nombre tan hermoso, que es fuente eterna de entusiasmo inmenso, de dulce abnegación bello tesoro?

¡Ay, no lo sabes, no! tu pecho frío no comprende ese afecto, y por el todo

del vil materialismo calcinado cálculo y falsedad solo ve en torno!

Tu talento sin par puede profundo los átomos contar del ancho globo; pero tu corazón seco y marchito en misterios de amor jamás fué docto!

¡Indigno eres de mí! de nieve helada el fuego abrasador nunca fué socio: lo que te sobra en calculada ciencia, en corazón me sobra generoso!

¡Vano el empeño es ya! el amante lazo que nos unió fatal tranquila rompo: ¡hoy no me ves llorar, hoy que al desprecio con que acoges mi amor pusiste el colmo!

¡Mirame sonreír... mirame alegre entre el bullicio rebosar de gozo; y ni un instante tu adorada imagen se presentó fatal ante mis ojos!

¡Pasó aquel tiempo ya... pasó aquel tiempo en que tu esclava fui: hoy sin encuentro puedo decirte con tranquila calma: Nada eres para mí! ya no te adoro!

De hoy mas tu nombre que adoré ferviente no vibrará en mi pecho melodioso: será un nombre no mas, un nombre vano, que no revele ni cariño ni odio!

Ya para siempre adios: y ¡ojalá nunca recuerdes al luchar contra el insomnio, que nadie como yo supo adorarte, y me pagaste con mezquino dolo!

No lo recuerdes, no: el remordimiento es cancer que devora ponzoñoso: recuerda solo que al dejar de amarte exclamé sin rencor: yo te perdono!

ANGELA GRASSI.

CORTES DE AMOR.

Fallo de la cuestion suscitada en el número segundo.

Los señores Olavarria y Sebastian se declaran defensores, el primero de la muger meditada y el segundo de la coqueta: voy á decidir entre los dos y perdoneme la sentencia el que salga agraviado. y el favorecido dispénsame que le haga algunas observaciones. El señor Olavarria supone que la muger que no es coqueta es fria, y aquí hay un defecto de inconsecuencia, puesto que coquetas y muy coquetas conozco yo capaces de enfriar no solo al que á su lado se halla sino todo el territorio á diez leguas á la redonda: y claro y evidente es que la muger de carácter constante no debe ser fria cuando dice dicho señor, y entre paréntesis sobre esto habria mucho que hablar, que si su amante la abandona por otra

en angustias fieras
se toman cuatro carreras
de fósforos de cascante.

Tampoco creo que está en su lugar el señor Olavarria al pedir que se vayan los hombres con los hombres y las mugeres con él, puesto que las coquetas tambien son mugeres, digan lo que quieran, y el señor Olavarria á quien solo la trinidad Maria, Isabel, Carlota puso en un terrible apuro, ¿qué haria si se viese solo entre todas? y ademas lo que es la mayor parte yo se las cederia (1); pero todas, sobre eso habliaríamos mas despacio.

En cuanto al señor Sebastian que se propone defender á la coqueta con un entusiasmo digno de su inclinacion á las damas, muy poco tengo que decirle para probarle lo injusto de su opinion, puesto que él mismo para defender á la coqueta dice que *cuando llega á amar cambia de vida y sufre una transformacion instantánea*; y añade en otro lugar: «*estos caracteres dudosos en un principio pero firmes y constantes despues*» lo cual prueba que lo mas digno de elogio en la coqueta es cuando deja de serlo y abraza su nuevo periodo, y por lo tanto reconoce en ellas un defecto solo en su principio.

Reservándome otras muchas observaciones que pudiera hacer á ambos contendientes, debo declararme en favor de la muger mediatibunda ó apática. Y lo firmo en Madrid en el dia y mes de la fecha.

F. M.

Una Cuna vacía y un Seretro lleno.

BALADA.

Bella es la noche,
Dulce es el sueño,
Dulce la calma

Que en su frente dibuja el candor;
Dulce al rayo del aura que brilla
Del arcángel besar la mejilla
Y velar de la cuna en redor.

Hermosas flores
De primavera,
Dejad la hermosa
Verde pradera

Y brotad dó reposa mi amor;
De mi aliento á las brisas amantes

(1) Se entiende que esto es en atencion á ser el defensor de ellas y como tal defensor de bello sexo.

Desplegando las hojas flotantes
Brillareis de la cuna en redor.

Rubios querubos
Que el dulce coro
Del arpa de oro

Entonais á los pies del Señor,
Ya la luna en las nubes oscila;
Descended en la noche tranquila
Revolad de la cuna en redor.

¿Porqué en mi alma
Nube sombría?
¿Porqué á mis ojos
Tibio brilla del sol el color?
De la Dhalia las hojas temblaron,
Negras sombras el aire poblaron
De la cuna querida al redor.

Tranquila duerme
La noble virgen,
Entre las ramas
Triste canta leal ruiñeñor;
¡Yo tambien amante de las flores,
Alzo sola mi canto de amores
De la cuna vacía al redor!

ROBUSTIANA ARMIÑO
GOMEZ DE CUESTA.

Glorias del Bello sexo.

RITA LUNA.

(Continuacion).

III.

La Mujer vengativa, fué la comedia que eligió la Tirana para eclipsar los lauros de la Luna; estuvo bien desempeñada, no podia llegarse á mayor perfeccion, pero el entusiasmo que acababa de escitar esta, hizo enmudecer toda demostracion, toda simpatia, y la pieza si no silvada, fué oida con frialdad sin merecer la mas leve señal de aprobacion destruyendo todas las esperanzas que en ella tenia cifradas la primera dama que en su vista pensó retirarse ó cuando menos abandonar la corte para no sufrir tantas humillaciones si por fortuna suya concluida la contrata, no la renovára Rita para el teatro de la Cruz, en el que habiendo seguido obteniendo nuevos trofeos, y con especialidad en *el Desden con el Desden*, la dama Doña Juana Garcia pidió su retiro dejándola libre el

campo de sus proezas que recorrió hasta 1806, en que á la edad de 36 años le abandonó completamente sin que los mayores ruegos, las consideraciones mas graves, las ofertas mas lisonjeras y las instancias de mayor compromiso pudieran obligarla á volver á la escena; solo en 1814 pareció acceder con motivo de haber regresado de Francia de su cautividad Fernando VII, y era estimulada por la patriótica alegría que embargaba todos los corazones, pero no llegó el caso de verificarse la funcion en que debia tomar parte.

— Quién sabe, decia al actor Manuel García Parra que la instaba á que volviese á recibir laureles, quién sabe como nos recibiria hoy el mismo público que ayer nos aplaudia con tanto entusiasmo.

No era la desconfianza quien la tuvo alejada de la escena: el motivo es un misterio aun para el mundo, y aunque en aquella época alimentó las conversaciones por largo tiempo, nada se pudo asegurar con certeza; unos decian que una negativa tan obstinada provenia de varias contestaciones desagradables habidas entre ella y el corregidor D. José Cortina por la supresion de una comedia que tenia deseo de ejecutar, y otros lo atribuian á un excesivo fondo de supersticion religiosa, que, nacida en la niñez, se habia ido robusteciendo con los años, dando campo á un misticismo culpable, que mas tarde la condujo á vestir el hábito de beata; pero ambos asertos calculados en meras apariencias, no tienen aquel grado de verdad que era necesario, y hoy que los años y los escritos han podido arrojar alguna luz cierta é imparcial, seámos lícito consignar que su repentina retirada del teatro sin que fuesen bastantes á volverla ruegos de personas respetables, instancias de los ministros y hasta del mismo rey, ruegos de sus mas íntimos amigos y amplias y generosas ofertas del ayuntamiento, fué á consecuencia de desgraciados amores.

Para las almas vulgares sin sentimientos ni afecciones, cuya mision en la tierra es tan egoísta, que ora rien con la estrepitosa algazara de una orgia, ora lloran con la violencia de una madre en la pérdida de su único hijo, no conservando ni

un recuerdo, ni una memoria al cerrar los labios que sonreian y al enjugar los ojos que lloraban, que solo viven del presente y tienen al pasado por un sueño ó quimera, y al porvenir por una locura é imposible, para esos el amor es un pasatiempo; sienten la necesidad de calmar el afán que á cierta época de la vida se despierta en el corazón y buscan el calmante; pero si este varia, si se les huye, si no quieren remediarlo, experimentan lo mas un despecho, mas no se inquietan por su pérdida ni por su recobro, buscan otro, el objeto es hallar calma. ¡Desgraciados los seres que no participan de esta indiferencia brutal, de este egoismo propio, su camino se verá entorpecido á cada instante con cien espinas y mil contrariedades, sentirán todo el volcan de una passion y el remedio huirá de ellos, y si pertenecen á distinto rango que al objeto de su cariño, si la sociedad ha puesto una barrera á su afecto al trazar la linea divisoria entre las varias clases que la constituyen, valiera mas que la muerte apareciese, y tocándoles con su inexorable vara, los llamase al reposo de su dilatado imperio.

Rita Luna pertenecia á esta última clase: dotada de un talento privilegiado y de una vehemencia y sensibilidad de alma tal vez exageradas, hubiera logrado ser apreciada por ella misma, por sus prendas morales sin tener en cuenta el mérito artístico que la atraia multitud de adoradores, en los que á través de sus frases aduladoras y estudiadas descubria la ninguna passion que la tenian y estaba tan arraigada en su corazón la idea de que solo la deseaban como un objeto mercantil y ganancioso, que solia decir á los que la increpaban por no querer contraer matrimonio con ninguno de los actores que la solicitaban, que solo se casaria con uno que la pudiera mantener con decencia fuera del ejercicio cómico, y esto en un siglo tan preocupado, era como arrojar un grano de arena en el espacio para encontrarle despues, y ella que sentia en su alma los tesoros del cariño mas puro, que deseaba unir su voluntad á la de otro para formar una sola y ser comunes pesares y goces, tristezas y alegrías: no podia mirar mas que con

hastío y repugnancia enlázese con actores, que al desear su mano tenían en cuenta mas las cantidades que su mujer ganaba en la declamación.

En medio de esta soledad de afectos, un hombre se presentó á llenarlos. Quien sea, ni cuando logró interesarla, es un secreto impenetrable; su misma hermana Josefa á la que amaba entrañablemente no pudo arrancarle una confesión y á sus incesantes quejas contestaba solo, *yo no debí amarte, he sido una loca...* Tal vez sería el heredero de alguna noble y poderosa casa: jamás quiso revelarlo.

(Se continuará.)

Decadencia del Amor.

El amor positivo ó lo que es igual, la afición al individualismo, está á la órden del día: en vano se pretenderá encontrar esa pura afección del alma tal y conforme se define por los mismos principios, tal y como la comprendieron nuestros antepasados y entienden hoy mismo algunos seres de los que con rara escepcion nos pueda presentar la sociedad del siglo XIX. La ingratitud en los amantes, el olvido de sus juramentos, la falsedad de sus palabras, el engañoso eco de sus aparentes suspiros no deben espantaros ya, apreciables lectoras, si estudiáis como corresponde la índole de estos tiempos que corren; permitidme, pues, que destine hoy cuatro renglones á tan intrincada materia, sin el previo consentimiento de los demi-sexo, á quienes ruego se sirvan dispensarme, si la mayor consideración que en mi concepto las damas merecen, me obligan á mostrarme con ellos algun tanto severo.

Con efecto, si levantara la cabeza nuestros abuelos, si aquellas almas puras y sensibles que jamás dieron cabida á la falsedad y la mentira pudieran presenciar el amalgama incomprensible de la actualidad, no dudo que su admiración sería

grande, y grande la extrañeza que les produciría el confuso atolondramiento de las ideas en los galanteadores caballeros de nuestra época.

¿Dónde existen ahora aquellos acendrados amores, que fueron un tiempo de tanta valía para los mas ilustres y esclarecidos campeones, hasta el punto de empeñarse por su causa en arriesgados combates y difíciles empresas? ¿Dónde iremos á buscar la finura, cortesía, amabilidad, galantería, ternura y desprendimiento que caracterizó á tan valientes como nobles y honrados varones, cuyos brazos fueron respectivamente el escudo de las damas y sus pechos las murallas que defendían el buen nombre de las mismas? Inútil empeño sería: el egoísmo ha sucedido al noble comportamiento, la aspereza y rudo trato á la galantería; el amor propio al cariño extraño: los sentimientos se cifran únicamente en la conservación de cada uno: las ambiciones se hacen mayores; el desinterés se ha extinguido casi por completo y alucinado el hombre con la perspectiva de un porvenir para sí cada vez mas lisonjero, solo busca en torno suyo armas de que valerse á fin de no ver defraudadas sus ilusiones. De aquí nace la destrucción en parte de los afectos mas naturales, y de aquí el que los amadores de este siglo no cumplan con todas las condiciones que debieran para establecer un término de comparación entre los de la florida edad media.

El amor, ese travieso rapazuelo, cuya certeros dardos herían tan cruelmente los corazones *in illo tempore*, ha ido aplacándose en sus tentativas y ya no le veréis solo abandonado á sus propias fuerzas, sino en compañía del viejo cálculo y de la *conveniencia* con quienes mantiene las mejores relaciones y á cuyos consejos se sujeta con la mejor buena fé del mundo: nada es el uno sin los otros; cuanto estos dispongan queda aprobado por aquel;

la facultad de obrar por si le está reservada para algunos casos aunque raros: y de esta mútua union viene á resultar una tan perfecta armonía, que las mas de las veces concluye por el disgusto de ambas partes, de donde procede por último resultado la confusion y el aturdimiento. Este es el amor en el décimo nono siglo, habitando bajo el mismo techo de sus compañeros la *conveniencia* y el *cálculo*.

Ahora bien, lectoras, fácil es conocer las consecuencias posteriores de que con justa razon os escucho quejar diariamente. Los hombres os mienten y fiais en sus promesas; os ofrecen una eterna constancia y os hallais luego olvidadas; creéis recuperar un cariño perdido y ni vuestros halagos ni vuestras ternezas consiguen nada en favor vuestro. ¡Es verdad! así sucede; pero tal es el espíritu de la época y tales los adelantos progresivos *quid faciendum?*

Bien quisiera manifestaros que en medio de todo aun os quedan afectuosos defensores dispuestos á sostener vuestra dignidad, pero me contentaré con daros un consejo. Consultad vuestro corazon, examidad bien las circunstancias bajo las cuales camineis en vuestros amores, y si despues de previsto lo venidero con los datos de lo presente, no lo encontrais conforme con las ideas que tuviereis, obrad con arreglo á la voz del alma y nunca á las ajenas inspiraciones que pudiera perjudicaros, mas bien que favoreceros. La naturaleza os dió un corazon á propósito para no dejarse tan facilmente deslumbrar por aparentes y falsas imágenes recurrid á él y os sacará de dudas; sois sagaces y comprendéis cuanto es menester.

Si el hombre se muestra ingrato, apesar de la dulce abnegacion de vuestras almas, no desmayéis en la perseverancia de vuestros principios, que él volverá sobre si y conseguireis de este modo recu-

perar el perdido puesto, que os corresponde.

SANTOS SEBASTIAN GIL:

A Asuncion.

Divina luz de mis ojos,
prenda del alma querida,
ven, y tórneme á la vida
con tus palabras de amor.

Ven y calma, dueño mio,
el afán que me devora,
y aleja de quien te adora
con tu sonrisa el dolor.

Concede en tu pensamiento
á mi amor un breve espacio,
que en él está mi palacio,
y mi ventura está en él.

No así destruyas, hermosa,
con tu desden mi esperanza,
que mi corazon no alcanza
sea el tuyo tan cruel.

Angel de luz candoroso,
estrella del alma mia,
ven, no te muestres impia
con mi amante frenesí;

Que tu beldad contemplando
con que de amor me enagenas,
las horas paso entre penas
sin escuchar nunca un sí.

FRANCISCO G. MANRIQUE.

Por fin concluyó la feria y con ella el bullicio, la confusion y el desorden en las calles de la capital. Los trastos viejos volvieron á ocupar sus modestas guaridas para reaparecer el año cincuenta y dos y los sucesivos hasta que un alma bendita se apiade de su desventura y se digne ofrecerles un asilo mas grave.

Ha sido sepultado el lunes 13 del corriente el cadáver del eminente actor Don Carlos Latorre.

Continúan los pollos haciendo de las suyas. Nosotras les aseguramos que han de llevar un vapuleo pero bueno.

Tambien merecen que nos ocupemos de ellos algunos gallos que á su tiempo recibirán una leccion.

38, Cervantes, por Madirolas.